

le resultaba tentadora ¹. No obstante, la solución tenía un inconveniente gravísimo: la voz de alto dada por Prim en Orizaba podía representar la guerra en los Pirineos y, como expuso el mismo conde de Reus, no le estaba permitido, a pesar de la razón que le asistía, crear semejante conflicto a España. Por eso la carta escrita al general Serrano el mismo día de la conferencia y de la que ya hemos hecho mención, terminaba con estas palabras equivalentes a una orden: "Ruego a V. E. tenga a bien disponer el envío a Veracruz del mayor número de buques posibles, a fin de que se pueda llevar a efecto el reembarque de las tropas, sin que se estacionen en dicho puerto más tiempo que el absolutamente indispensable".

En la conferencia que dió por resultado la ruptura de la alianza entre España, Francia e Inglaterra, abundaron los incidentes y se caracterizó por la dureza de las expresiones ². Prim rayaba en la indignación por el proceder de los representantes franceses, decididos a la guerra precisamente seis días antes de empezar las negociaciones con los ministros de la República, convenidas en los Preliminares de La Soledad. Aquella misma noche invitó a una cena íntima a los altos jefes de la división española y les comunicó su decisión inquebrantable de reembarcar las fuerzas a sus órdenes. No tuvo, sin embargo, una palabra de despecho para los representantes de Francia, ni les deseó el fracaso en su empresa. No encontramos una sola crítica mordaz en el texto del discurso que pronunció ante los oficiales a sus órdenes; se limitó —seguro de haber cumplido con su deber— a citar a los franceses ante el tribunal de la Historia.

¹ Discurso en el Senado (11 de diciembre de 1862).

² Escribía Prim al Presidente del Consejo, Leopoldo O'Donnell: "El comodoro Dunlop, que es algo colérico, les levantó dos veces la voz —a los plenipotenciarios de Francia— y vi un momento en que la conferencia se acababa en tragedia. Yo sufrí aquel día lo que jamás he sufrido...". Comunicación fechada en Orizaba el 15 de abril de 1862.

El mismo 9 de abril los plenipotenciarios comunicaban al gobierno mexicano la ruptura de la triple alianza, la decisión de Prim de abandonar México y el deseo de los franceses de concentrarse en Paso Ancho a fin de iniciar las hostilidades, una vez que las tropas españolas hubiesen pasado por el lugar en retirada para Veracruz. La guerra, pues, había de empezar, aproximadamente, hacia el 20 de abril.

El ministro de Relaciones, Manuel Doblado, contestó la nota el día 12 con una comunicación sobria, en la que, al expresar el sentimiento que el gobierno mexicano experimentaba por el desvanecimiento de las esperanzas puestas en la conferencia que había de celebrarse en Orizaba, exponía también el aprecio que al gabinete merecía el proceder de Prim y de Lenox Wyke. "En cuanto a la injustificable conducta de los señores comisarios del emperador de los franceses —se lee en el documento—, el gobierno mexicano se limita a repetir en esta vez lo que ya en otra ocasión ha protestado. México hará justicia a todas las peticiones justas y fundadas en el derecho de gentes, pero defenderá hasta el último extremo su independencia y soberanía, y sin aceptar jamás el papel de agresor, que nunca ha tenido, repelerá la fuerza con la fuerza y defenderá hasta con la última gota de sangre mexicana las dos grandes conquistas que el país ha hecho en el presente siglo: la independencia y la Reforma" ¹.

Junto con la nota oficial recibió Prim una carta de Doblado, en la que le señalaba la conveniencia de celebrar una entrevista, con el fin de estipular un tratado que conviniese a España, y en el que quedasen definitivamente concretadas las reclamaciones del gabinete O'Donnell. El gobierno mexicano se comprometió a

¹ Léase íntegramente esta comunicación en el Apéndice número 3. (Documento existente en el Archivo de la Embajada de España en México).

satisfacer esas reclamaciones si eran razonables. Prim aceptó la propuesta y se fijó una fecha para la reunión, que había de tener lugar en Orizaba.

Pero los ánimos estaban ya muy exaltados; el gobierno de Juárez, con la firma del presidente de México, había lanzado a la nación un manifiesto, en el que explicaba los graves acontecimientos de los últimos días, y que empezaba, para bochorno de los franceses, con estas palabras: "En los momentos en que el gobierno de la República, fiel a las obligaciones que había contraído, preparaba la salida de sus comisarios a la ciudad de Orizaba..." Una vez más la buena voluntad mexicana se ponía de manifiesto en el párrafo siguiente, que viene a apoyar las convicciones de Prim, reiteradamente transmitidas a su gobierno: "En cuanto a la Gran Bretaña y a la España, colocadas hoy en una situación que sus gobiernos no pudieron prever, México está dispuesto a cumplir sus compromisos tan luego como las circunstancias lo permitan, es decir, a arreglar por medio de negociaciones las reclamaciones pendientes, a satisfacer las fundadas en justicia y a dar garantías suficientes para el porvenir"¹.

La movilización general, las medidas radicales adoptadas por el gabinete mexicano, la guerra, en fin, hicieron imposible la conferencia proyectada. Sin embargo, Prim no había de olvidar el ofrecimiento, y, para corresponder a él tanto como para cumplir con el deber de proteger a los súbditos españoles, dió órdenes al secretario de la legación española antes de partir, para que desde Veracruz se trasladara a la capital con el agregado diplomático, Norberto Ballesteros. El secretario de la legación era portador del tratado firmado por el conde de Reus, que había de ser puesto en manos del ministro de Relaciones, Manuel Doblado.

¹ Fechado en México el 12 de abril de 1862.

Pero lo que más imposibilitó la reunión de Doblado con Prim y Lenox Wyke fué la conducta incalificable de los franceses, que, en vez de aguardar al día 20 de abril en que Prim había prometido pasar con sus últimas fuerzas por Paso Ancho, avanzaron sobre Orizaba el día 19, fecha fijada para la reunión con Doblado. Al recordar esta nueva violación de lo convenido por los delegados franceses, Prim exclamaba en su discurso en el Senado: "No la creí —la noticia—, porque hay cosas que no se deben creer si no se ven y se tocan; pero, desgraciadamente, era cierta"¹.

Durante los días que transcurrieron entre la ruptura de la triple alianza y el reembarque, Prim se ocupó en ordenar todos los asuntos pendientes, que no eran pocos, y en estudiar las posibilidades de un traslado rápido de sus fuerzas a La Habana, pues no podía exponerlas al peligro de la epidemia de la fiebre amarilla que azotaba Veracruz. Se cuidó también de mantener informado de su decisión al jefe del gobierno. Y en su carta se insinuaba ya la defensa que de su proceder hará en el Senado ocho meses más tarde.

En medio de tantas dificultades, agobiado por la intriga y la deslealtad, recibe, después de la ruptura, la carta del general Serrano de que se ha hecho ya mención², escrita el 9 de abril, y en la que el duque de la Torre se mostraba alarmado por las noticias que Prim le comunicaba. El texto, humillante para el plenipotenciario de la reina, resulta intolerable al conde de Reus, mayormente cuando ya había tenido lugar el rompimiento de España e Inglaterra con Francia. Nos lo dice, no sólo su respuesta al capitán general de Cuba, sino la queja que transmite a O'Donnell, sin duda pensando —con cierto

¹ Discurso del 12 de diciembre de 1862.

² Véase las págs. 289-90.

fundamento— que el duque de la Torre mandará copia de ella al Presidente del Consejo ¹.

Prim lee en la carta de Serrano afirmaciones gratuitas, tales como “que mientras nosotros nos presentamos en son de paz, las autoridades de Tampico expulsan violentamente a los españoles allí residentes; que mientras los aliados celebran tratados conciliadores, el gobierno de Juárez decreta nuevos empréstitos forzosos contra los europeos; que mientras vamos a México a establecer la tranquilidad en el país y la concordia en los ánimos, se fusila al general Robles ²; que mientras las tropas expedicionarias permanecen pacíficas en sus acantonamientos, las de Juárez ejecutan a un oficial español...” Y tiene que encajar luego una serie de consejos fuera de lugar y tiempo e incluso la especie de lección que para él significan las palabras siguientes, cuando Serrano considera la posible retirada de las tropas españolas: “Entretanto, ruego a V., mi querido general, dirija todos sus esfuerzos a restablecer la buena armonía con los plenipotenciarios franceses, procure evitar la retirada que prevé del ejército español, haga el sacrificio de sus opiniones en aras de la política del gobierno de S. M., y en todo caso espere instrucciones de éste, a las que todos quedamos sujetos al aceptar ciertos cargos de confianza...” Claro está que este tono de la carta se difumina de vez en cuando con deferencias y cumplimientos y con el reconocimiento de no tener derecho alguno a mezclarse en los actos y decisio-

¹ “Pero lo que ha aumentado mi conflicto, mi general y señor, es la carta que he recibido del general Serrano, de acuerdo completamente con la política de los comisarios franceses; la cual está llena de absurdos y de cargos que, no teniendo fundamento, merecían haber sido rechazados con indignación”. (Carta de Prim a O'Donnell, fechada en Orizaba el 15 de abril de 1862).

² Después del plan del pronunciamiento de Almonte fué aprehendido en Tuxtepec —21 de marzo— el general Manuel Robles. Conducido a San Andrés Chalchicomula, fué fusilado, por orden del general Zaragoza, el 23.

nes de Prim, general en jefe del ejército expedicionario y, a la vez, plenipotenciario de S. M. Si se permite inmiscuirse en el asunto, es por la misma deferencia que Prim ha mostrado hacia él en sus comunicaciones permitiéndole estar al corriente de los sucesos, etc., etc.

Muy influído por Saligny, con quien sin duda mantenía correspondencia directa, Serrano piensa, y así se lo comunica a Prim, que “no es extraño que los plenipotenciarios de Francia se muestren impacientes por obrar y consideren roto el tratado de La Soledad...” y que “antes de romper con la Francia, de entibiar siquiera nuestras buenas relaciones con el gobierno del emperador, es preferible considerar como roto el tratado de La Soledad, volver a Paso Ancho, marchar sobre la capital...” Todo esto no impide que Serrano se despida de Prim como su “siempre apasionado amigo”, expresión que no había de impresionar al conde de Reus. Conoce el pensamiento de Serrano y, desde aquel momento, ha de tener en cuenta al duque de la Torre como al adversario más peligroso de su radical decisión.

El 12 de abril, probablemente el mismo día que recibe la carta, Prim la contesta. Hay en la respuesta cierta nerviosidad y se transparenta en ella la indignación que algunas de las afirmaciones de Serrano han producido en su ánimo. Para poder rebatirlas a su gusto se vale de un ardid un poco infantil, que no ha de engañar a Serrano, pero que en cambio le permitirá contestar golpe por golpe. Así, escribe: “Si la carta a que contesto fuese escrita de letra de V. aseguro que me hubiera preocupado muy hondamente, pero escrita por mano extraña, quiero creer que V. no la ha dictado siquiera; más digo, que cuando se la leyeron estaba V. preocupado por otro de los muchos asuntos que tiene V. de atender...” Sentada la premisa, se sorprende de los temores de Serrano ante las consecuencias fatales que la retirada de las tropas es-

pañolas puedan tener para España, y no comprende —así lo exponía Serrano— que la decisión ocasione la caída del gabinete O'Donnell. En seguida pasa a analizar los cargos y pide a Serrano que sea justo ante todo: "...¿Se puede decir que fuimos a Veracruz en son de paz? ¿Quién mejor que V. conoce las órdenes absolutas que llevaban los generales de las fuerzas navales y de desembarco que allí fueron?". Al tratar del empréstito que Juárez decretó contra los españoles, le aclara que fué retirado ante la reclamación de los plenipotenciarios. En cuanto a la frase de Serrano de que "mientras vamos a México a establecer la tranquilidad en el país y la concordia en los ánimos se fusila al general Robles", Prim replica: "¿Pueden creer los mexicanos que vamos a tranquilizar el país cuando en el centro de los batallones, llevando al general Almonte y compañía, llevamos el germen de mayor discordia...?" Aclara también que el general Robles, fusilado por las fuerzas mexicanas, era un agente de Saligny, conspirador contra el gobierno de Juárez, refugiado en la embajada francesa y a quien se había respetado bajo palabra de honor de no abandonar su retiro del Sombbrero. A pesar de ello, faltando al compromiso, intentó llegar a las filas francesas. "¿Se le puede hacer un cargo al gobierno —pregunta— que defiende su existencia y la de las instituciones vigentes?". No obstante, Prim había hecho lo posible para salvar al general Robles, para quien consiguió un indulto —firmado por el ministro de Justicia, con el cual Prim tuvo una entrevista en Orizaba en aquellos días— que llegó demasiado tarde a las filas del ejército mexicano.

Pero con lo que el conde de Reus se indigna es con la extrañeza que produce a Serrano la pasividad del plenipotenciario cuando las tropas de Juárez ejecutan a un oficial español. "Mi general —exclama Prim—, creo que V. es el único hombre en España y en el mundo que me

puede hacer semejante cargo sin que le conteste sin irritación..." Prim sabe que los informes de Serrano se deben a Saligny y que el diplomático francés, siempre en pos del descrédito del representante español, ha presentado un incidente, un vulgar asesinato, como una ejecución. No ha de desaprovechar esta oportunidad para señalar nuevamente a Serrano la mala fe de los franceses, incluso en el hecho de intentar sorprender la buena fe del capitán general de Cuba, aunque le pregunte sorprendido, refiriéndose a Saligny: "...¿y usted le da crédito a este señor?". No piensa ni por un momento ir a remolque de los franceses y se lo comunica a Serrano en forma contundente: "jamás, mi general y señor, jamás en donde yo mande".

Para todas las preguntas tiene su respuesta, para todos los cargos una réplica y, al recoger la lección de obediencia que Serrano quiere darle, escribe: "Repito que tengo la profunda convicción de que la política que sigo es la del gobierno de S. M., y por lo tanto no tengo necesidad de sacrificarle mis opiniones. Y a propósito de esta idea diré a V. que no comprendo como un funcionario del gobierno pueda en ningún caso hacer alguna política propia..." La carta se hace agria y dura a medida que Prim va exponiendo su pensamiento, ya que si bendice la hora en que el gobierno creyó conveniente dejarle en libertad de acción y no recibir mandatos de nadie¹, al terminar asienta: "No copio el párrafo final de la carta de V. relativo al castillo de San Juan de Ulúa, ni lo contesto, por ser asunto delicado y que en ningún tiempo convendrá que vea la luz pública, dado el caso de que un día, y en natural defensa de mis actos, me vea yo obligado a publicar la carta de V. y esta respuesta, pues convencido como estoy de haber llenado cumplidamente

¹ El general Serrano le había dicho en su carta: "...Esto que confidencialmente digo a V., se lo diría de oficio si yo me creyera con derecho a ejercer alguna intervención en los negocios de México".

mis deberes con la reina, con su gobierno y con mi país, no he de dejar golpe sin respuesta, venga de donde viniere”¹. Además de la muestra de prudencia que da a Serrano, el párrafo es toda una advertencia al capitán general de Cuba sobre sus posibles manejos, que Prim presiente sin ninguna duda. Serrano y Prim están ya colocados desde aquel día uno frente al otro en relación con la política seguida en México. No obstante, Serrano habrá de ceder al fin ante el fracaso humillante de los franceses, fracaso que hubiera compartido España de haber guiado a las fuerzas españolas el capitán general de Cuba en lugar de Prim. Algún tiempo después el propio Serrano mantendrá silencio y cubrirá con el velo del olvido sus insinuaciones, su proceder y sus descabellados planes de conquista².

Todos los preparativos para la marcha están hechos el día 19. Prim inspecciona las tropas en Orizaba y visita los hospitales en donde han quedado algunos soldados franceses; tiene verdaderos deseos de abandonar la plaza, no sólo porque sabe por el general Zaragoza que los franceses avanzan sobre la población, sino porque a sus manos ha llegado una carta del general conde de Lorencez en la que le advierte que la expedición tripartita es, al fin, expedición francesa. No conocemos el texto de esta carta, pero el conde de Reus da de ella una síntesis en verdad

¹ El párrafo de la carta de Serrano decía: “Aunque la previsión de V. alcanzará a todo, le recuerdo lo que hablamos sobre la guarnición del castillo de San Juan de Ulúa. Los ingleses parece que se quedan en él, aun después de concluido su turno, y como ellos toman mucha afición a sus residencias habituales, tal vez convendría no dejarles adquirir el hábito de considerar como su propia casa la importante fortaleza que nosotros fuimos los primeros en ocupar, que guarda la entrada de Veracruz y que es una de las llaves del golfo mexicano”.

² La carta de Serrano a Prim puede leerse en la obra de Genaro Estrada, ya citada. La respuesta del conde de Reus fué publicada, aunque trunca, en el mismo libro. Más tarde el erudito E. S. Santovenia halló en Cuba el final del texto y lo dió a conocer en *Rev. de Historia de América*. (Trabajo citado, págs. 83-90.)

sorprendente: “En adelante —venía a decir Lorencez— yo soy el que manda aquí; creo que el hospital de Orizaba está en peligro y voy a su socorro: si V. V. quieren ponerse a salvo, sigan conmigo”¹. Prim sabe que el pretendido peligro del hospital era un estigma más que se quería lanzar contra las tropas del gobierno mexicano; además el general Zaragoza le ha prevenido que las tropas francesas en su avance han comunicado a las autoridades de Coscomatepec que deben negar todo auxilio a las fuerzas del gobierno de Juárez, y está al corriente, asimismo, de un plan de pronunciamiento contra la República que va a tener lugar cuando lleguen las tropas francesas a Orizaba.

El temor de que los mexicanos atropellasen a los heridos franceses que habían de quedar en el hospital no dejaba de ser un pretexto²; la prisa de los franceses en ocupar Orizaba sin retirarse a Paso Ancho, como se había convenido, obedecía a razones que no se podían confesar abiertamente sin comprometer el honor de Francia. Claro que el emperador había ya confiado al conde de Lorencez el mando supremo del ejército expedicionario, pero esto no bastaba para salvar el incumplimiento de una palabra dada y menos para borrar las firmas que los plenipotenciarios franceses habían puesto en los Preliminares de La Soledad³.

¹ Discurso en el Senado. (12 de diciembre de 1862).

² El día 19 dirigía Ignacio Zaragoza a Jurien de la Gravière un comunicado en el que se lee: “Aunque los señores comisarios de Francia han sido los primeros en romper los preliminares de paz ajustados en La Soledad el 19 del próximo pasado febrero, por un mero deber de humanidad permito que los enfermos del ejército de aquella potencia existentes en Orizaba, permanezcan en el hospital; mas ellos están seguros bajo la salvaguardia y lealtad del ejército mexicano...”

³ El ministro de la Guerra francés comunicaba al conde de Lorencez —13 de abril de 1862—, que el artículo 4 de la convención de La Soledad era inejecutable. Por otra parte, la explicación parece dárnosla el ministro de Prusia en México, al escribir a Saligny —4 de abril de 1862—: “Si vuestro ejército no sube inmediatamente más acá de Córdoba y aun de Orizaba, será diezmado por el vómito y las fiebres perniciosas...”

Al amanecer del día 20 el general Prim salía de Orizaba con su último escuadrón; durante toda la noche y la tarde anterior había partido el grueso del cuerpo expedicionario español; con él iba la esposa del general Prim, que había de ser testigo del primer encuentro entre los franceses y los soldados mexicanos, del primer disparo de la segunda guerra por la independencia de su patria en la posición de El Fortín, a poca distancia de Orizaba, que defendía el coronel Félix Díaz, hermano del famoso general del mismo apellido.

Apenas había salido Prim de Orizaba cuando encontró a la división francesa que, entusiasmada por su victoria de Fortín, marchaba en son de guerra, "sable en mano y carabina amartillada"¹. Se ordenó el alto. El jefe francés se acercó a Prim y preguntó:

—¿Y bien, general?

—Y bien, almirante.

Hubo un largo silencio, engorroso y difícil de romper por parte del jefe francés, que deseaba sin duda dar algunas explicaciones. Por fin balbuceó:

—¿Qué ha pasado en nuestro hospital de Orizaba?

Prim, con voz muy fuerte, para que la versión fuera oída por su cuartel general y por los hombres que formaban la cabeza de la columna, dijo:

—Ayer a las cinco de la tarde tuve el honor de visitar vuestro hospital, recorrí sus salones acompañado del jefe de sanidad y nada demostraba que hubiera el menor peligro; a las siete, a las nueve y a las once pasé por delante del hospital: la misma tranquilidad; hoy a las cuatro de la tarde he mandado a un ayudante para ver si durante la noche había ocurrido alguna novedad, y todo estaba tranquilo. Vuestros enfermos en Orizaba —añadió en

¹ Discurso en el Senado. (12 de diciembre de 1862.)

homenaje al pueblo mexicano— están tan seguros como podrían estarlo en los hospitales de París¹.

No dió pie ni a una afectuosa despedida ni a una última explicación. Al terminar sus palabras, saludó militarmente y siguió su marcha. Aquél había sido su último contacto con los franceses en México. De su proceder quedaría, al poco tiempo, un corrido en el que había unos versos de homenaje a su persona, sinceros por ser del pueblo y en armonía ingenua con las comunicaciones del ministro de Relaciones, Manuel Doblado. Decían así:

*"Ya se van los españoles,
con ellos la gente fina.
Ya se quedan los franceses
con látigo y guillotina."*²

¹ Es la propia versión de Prim. (Discurso en el Senado, 12 de diciembre de 1862.)

² Hay algunos corridos, muy pocos, de la época de la intervención. De uno de ellos son estos versos, populares entonces en Michoacán:

*Pueblita le dijo a Ronda:
Ya Cantarito se va,
Va a donde hay muchos franceses.
¡Sabe Dios si volverá!*

RICO CANO, Tomás: "El Corrido en Michoacán". *El Nacional*. Suplemento, 7 de octubre de 1948.